
Capítulo II.

Preguntas maliciosas.

Llamábase Antonio Robles, y podría tener unos treinta y cuatro años.

Desentendiéndose desde los primeros momentos de la vida aventurera de sus camaradas, pensando más de lo que convenia á su situacion en su patria y en su familia; aunque se batió como los demás en Tabasco; cayó al llegar á Zempoala en el mayor desaliento, se puso enfermo, y Hernan Cortés le concedió licencia para que acompañase á Montejo, y si no mejoraba de salud, se quedara en España.

Al desembarcarse quedó en Sevilla, en tanto que Montejo buscó al rey para desempeñar cerca de su persona la mision que le habia confiado Hernan Cortés.

Apenas se vió en tierra, y sobre todo apenas recuperó el aire natal, recobró la salud, pero se halló sin recursos.

Durante muchos dias la curiosidad que inspiraban las reseñas que hacia de sus viajes le proporcionaron sustento y hospedaje.

Pero poco á poco fueron cansándose los curiosos de oirle, y sobre todo de admirarle, y salió de Sevilla con ánimo de presentarse al rey para implorar su caridad.

Fué mendigando hasta Madrid, y allí, en la mayor miseria, llamó á la puerta de un convento para implorar una limosna.

Apenas supo el guardian que regresaba de las Indias, le abrió las puertas del convento, porque en aquella época inspirada á todos los españoles viva curiosidad lo que pasaba al otro lado del Océano, y se tenia por una gran fortuna conversar con algunos de los que habian vivido en aquellas lejanas tierras.

Estuvo Antonio Robles regalado durante algunos dias, y como manifestó su deseo de ir á echarse á los piés del monarca para pedirle proteccion, el guardian le dió recomendaciones para los conventos de la misma orden del suyo que hallaria en el camino; y dando á todos ellos noticias de sus viajes, pasó más de dos meses de comunidad en comunidad, regalado siempre.

Habia ido el rey á Barcelona, y allí se encaminó el soldado.

En un convento de Zaragoza, despues de oirle con-

tar su vida y milagros, el superior mostró vivo interés por su suerte, y le dijo:

—Permaneceréis aquí algún tiempo, porque quiero recomendaros á un prelado que tiene gran valimiento con el rey, y si él os toma por su cuenta, podéis decir que habeis hecho vuestra suerte.

Antonio Robles agradeció en extremo esta deferencia, y seguro de que le valia más tardar en presentarse al rey con tal de que le recomendara al prelado, aguardó con calma las órdenes de su protector.

Este fué quien anunció al arzobispo de Búrgos la llegada á su convento de Antonio Robles, y con carta suya fué desde Zaragoza á Valladolid el soldado en cuestion.

Robles era un hombre vulgar.

Estimaba á Hernan Cortés, porque habia peleado á sus órdenes, porque habia corrido con él algunos peligros, y sobre todo, porque habia admirado su valor.

Pero soldado mercenario, sin entusiasmo por la causa que defendia, sin más esperanza ni más estímulo que los soldados, y considerando la guerra como una ocupacion, como un trabajo, como un deber penoso, no comprendia la importancia de la conquista de Méjico, estaba satisfecho de haber abandonado aquellos países salvajes, y si le alegraba haber estado en ellos por la importancia que se daba al referir sus aventuras, estaba muy contento de haber vuelto á su patria; y al envidiar la gloria de los que habian

sido sus compañeros, lo único que sentia, en el caso de que triunfasen, era que no le alcanzase una parte del botin.

Robles, al presentarse al arzobispo de Búrgos, sólo iba preparado para buscar el medio de ganarse la vida, valiéndose del favor que podia dispensarle aquel alto personaje.

Llegó, pues, á Valladolid á los dos ó tres dias de la entrevista que celebraron el arzobispo de Búrgos y el señor de Chievres.

El guadian del convento de Zaragoza le habia proporcionado recursos para que llegase hasta Valladolid.

Pero seguro, por lo que le habia dicho de que el arzobispo le hospedaria en su casa y le socorreria, jugó el poco dinero que le quedaba en una venta, y llegó á Valladolid con mucha necesidad de presentarse inmediatamente al prelado.

Hízolo así, en efecto, y declarando, porque la necesidad le apremiaba, que aun estaba en ayunas, dispuso su protector que su cocinero le pusiese en disposicion de contestar categóricamente á las preguntas que tenia que hacer:

Cuando hubo descansado el viajero, pidió licencia al arzobispo para hablar de su pretension.

—He leído la carta que me habeis traído,—le dijo Fonseca,—y por ella veo que habeis estado en las Indias.

—Sí, eminentísimo señor.

—Y ¿cómo habeis vuelto?

—Yo no sé mentir, y ménos delante de vuestra eminencia. Es verdad que en las Indias logran los capitanes grandes ventajas; pero los soldados sólo conseguimos pasar hambre, vivir lejos del mundo, y recibir á lo mejor un flechazo para no poder descansar en tierra sagrada.

—¿Es decir, que no deseais volver allí?

—¡Ay! No, señor; me parece mentira haber vuelto á mi patria.

El arzobispo le dijo que en vista de su angustiosa situacion, le tomaba á su servicio hasta que pudiera tener ocasion de recomendarle al monarca por los servicios que habia prestado consiguiéndole algun empleo ó cargo de mayores ventajas.

Agradeció en extremo Antonio Robles aquella proteccion, é iba á pedir licencia al arzobispo para retirarse, cuando este, obedeciendo á una idea del momento:

—No te retires,—le dijo, tuteándole ya por formar parte de su servidumbre;—quiero hacerte algunas preguntas.

—Mande vuestra eminencia lo que guste á su siervo.

—He oido hablar de Hernan Cortés á muchas personas. Cada cual le ha pintado á su manera.

Tú, que de seguro no tendrás prevencion alguna contra él, vas á decirme si es tan valiente como suponen.

—¡Oh! Muy valiente,—exclamó Antonio Robles, recordando las proezas que habia visto ejecutar á su antiguo jefe.

—Pero ¿qué es lo que pasó cuando salió de Santiago de Cuba para esa expedicion?

—Si he de deciros la verdad, yo no estoy enterado de todos los pormenores.

Unicamente recuerdo que en la Habana nos anunciaron que el gobernador de Santiago de Cuba habia mudado de opinion, y que queria quitar el mando de las tropas á Hernan Cortés: para someterle á su obediencia, envió orden al alcalde de la Habana.

Hernan Cortés habló con los capitanes que llevaba, estos á su vez hablaron con nosotros, y todos aceptamos obedecer al que era nuestro jefe.

—¿Luego hubo rebeldía de su parte?

—Así parece.

—¿Y los capitanes estiman mucho á Cortés?

—Mucho; y eso consiste en que es muy campechano.

Mire vuestra eminencia, no ha dado un solo paso sin consultarlo con todos nosotros. Y aun hay más

—¿Qué? Habla.

—Cuando el gobernador de Cuba;—dijo Robles,—quiso quitarle el mando:

»—Yo no conozco,—dijo,—más autoridad que la de mis capitanes y la de mis soldados.

Y dirigiéndose á todos nosotros:

»—En vuestras manos,—añadió,—deposito el baston de mando que me han dado.

»La expedicion hemos de llevarla á cabo, porque nuestro amor propio está empeñado en ello.

> Pero yo obedeceré como el último soldado si confiais el mando á alguno de los presentes.

—Y todos le aclamarian, ¿no es eso?—exclamó el arzobispo de Búrgos.

—Pues ¿cómo habíamos de atrevernos á convertirle en un simple soldado, ó siquiera en un capitán?

—¿Y qué tal hombre es?...¿Será orgulloso?...

—No lo crea vuestra eminencia. Su principal esmero consiste en asemejarse en todo y por todo al último soldado.

En muchas ocasiones ha comido peor que nosotros.

—Eso lo haria para captarse vuestra voluntad.

—Tal vez; pero el hecho es que á los soldados nos gustaba mucho verle pelear á nuestro lado cuando era preciso, y cuidarnos como si fuéramos hijos suyos, lo mismo en la travesía que al saltar en tierra.

—¿No estaba casado Hernan Cortés?—prosiguió preguntando el arzobispo.

—Dicen que sí; pero un compañero mio me contó que al embarcarse envió á España á su mujer.

—Es cierto; la envió á España, y la tiene abandonada.

—¡Bah! Las mujeres no sirven de nada para la guerra... Aunque miento como un bellaco, porque la verdad es que á una mujer ha debido Hernan Cortés gran parte de sus últimos triunfos.

—¡A una mujer!

—Sí por cierto; á una india. La hallamos en Ta-

basco, y se echó á las plantas de Hernan Cortés.

Yo no sé qué contaron de su historia... Desde entonces se aplicó tanto á aprender el castellano, y acogió con tanta fé la religion cristiana, que por ella hemos podido entendernos con todo el mundo y conocer el flaco de los enemigos.

—¿Que circunstancias tiene esa mujer?

—Es la más guapa de todas las indias que hemos visto.

—¿Lo que quiere decir, que será la manceba de Hernan Cortés?

—¡Pch!... Acá para mis adentros, yo creo que sí, porque ella es, con perdon de vuestra eminencia, capaz de cualquiera cosa.

Pero si ellos se entienden es con recato.

—Está bien,—añadió el arzobispo.—Veo que eres buen muchacho, sincero sobre todo, y me propongo protegerte.

—Dios se lo pague á vuestra eminencia.

—No te pesará el haber venido á verme.

—Esa era al ménos mi esperanza.

—Pues retírate, y ya te avisaré cuando llegue el caso.

—Soy muy agradecido, y bástase que vuestra eminencia se halla compadecido de mí, para que yo esté dispuesto á hacer por vuestra eminencia toda clase de sacrificios.

De esta manera terminó el diálogo entre el arzobispo de Búrgos y el antiguo soldado de Hernan Cortés, Antonio de Robles.

El primero había logrado averiguar un dato preciosísimo.

Hasta entonces no se conocía á Hernan Cortés, más que como un rebelde.

Después de las noticias que le había dado Robles, podía presentarle á los ojos del monarca y de los altos funcionarios que influían en el ánimo del rey, como un libertino, como un perjuro toda vez que sostenía relaciones, estando casado, con otra mujer, que por añadidura no profesaba su misma religión.

Quedóse largo tiempo sólo, y como la soledad trae la meditación, instigado por el deseo que tenía de favorecer á Velazquez y perjudicar á Hernan Cortés:

—Si es tan valeroso como suponen sus soldados,—se dijo,—es muy posible que cuando el capitán Pánfilo de Narvaez haya llegado, en vez de encontrarle en Zempoala, haya avanzado hasta el imperio de Méjico.

En este caso, será más fácil someterle á la obediencia; pero por lo que pueda suceder, conviene estar prevenido, y yo creo que la persona que mayores servicios puede prestarnos en esta ocasión es la misma esposa de Hernan Cortés.

Es necesario averiguar por qué motivos viven separados; es necesario averiguar si ella sabe las relaciones ilícitas que con esa india sostiene su marido, y en vista del carácter que tenga su esposa, aprovechar los celos que naturalmente se despertarán en su alma para que contribuya de una manera más efi-

caz que puede hacerlo un ejército á satisfacer los deseos de Diego de Velazquez.

Algunos días después volvió el señor de Chievres á visitar al arzobispo.

—He llegado á tiempo,—le dijo,—para evitar que la solicitud de los padres de Hernan Cortés sea presentada al emperador.

—Perfectamente; yo he hecho otras averiguaciones, de las que me propongo sacar gran partido.

—¿Puedo saberlas?

—Todavía no. Dejad á mi cuidado la ejecución del plan que me han sugerido ciertos datos. Yo os aseguro que si sale como espero, quedaremos completamente satisfechos.

Estas palabras apaciguaron la curiosidad del señor de Chievres.

El arzobispo necesitaba un hombre para que comenzase á poner en ejecución su proyecto.

Este hombre le tenía á su lado.

Era uno de sus pajes.